

A PROPOSITO DE UNA HISTORIA SOCIAL DEL NEGRO EN LA COLONIA

HUGUES SANCHEZ MEJIA¹

Desde 1963, año en que el profesor Jaime Jaramillo Uribe publicó su ensayo sobre las relaciones entre **Esclavos y Señores en la Sociedad Colombiana del siglo XVIII**, hasta nuestros días, son muchas las aproximaciones que se han dado alrededor del problema de la esclavitud en Colombia. Gracias a ello hoy poseemos un conocimiento más amplio sobre la trata de negros, los circuitos comerciales, las ventas, los principales mercados negreros y las labores en que se utilizó la mano de obra esclava: minería, boga, haciendas y servicios personales. Es necesario reconocer que este conocimiento ha sido desigual y ha dependido del desarrollo de las escuelas de historia en universidades regionales y el aporte de investigadores extranjeros. Son importantes los textos de Germán Colmenares, Jorge Palacios Preciado, Pablo Rodríguez, Margarita González, Hermes Tovar y Anthony Mcfarlane.

En cuanto a la Costa Atlántica se refiere, los trabajos sobre la esclavitud se centran en Cartagena y su hinterland. Sobre la trata sobresalen los estudios de Palacios Preciado, Nicolás del Castillo, y Germán Colmenares. Además, Adolfo Meisel Roca, Hermes Tovar, Colmenares y María del Carmen Borrego Plá estudian el papel que jugó la mano de obra esclava en las haciendas de la región. Es importante mencionar la tesis de maestría de

Dolcey Romero sobre la esclavitud, donde muestra los conflictos que enfrentaron amos y esclavos y el proceso de manumisión en la Gobernación de Santa Marta, entre 1791 y 1850. Este mismo autor, en un ensayo reciente, coloca en tela de juicio la imagen que se creó alrededor de los palenques y su número.

Esta reducida, pero no desdeñable producción, nos permite acercarnos al estudio de la esclavitud en la Costa Atlántica y plantearnos nuevas preguntas sobre temas aparentemente agotados.

En últimas, que se esperaría hoy de una investigación sobre el tema de la esclavitud en la Gobernación de Cartagena?. por lo menos, la superación de viejos lugares comunes y la apropiación crítica de la historiografía existente, tanto a nivel regional como nacional, más cuando, bajo un título rimbombante se habla de una **HISTORIA SOCIAL DEL NEGRO EN LA COLONIA. CARTAGENA SIGLO XVII**².

María Cristina Navarrete, autora del texto, ofrece más de lo que uno puede cumplir, ya que no existe en las 128 páginas del libro ningún análisis «social» de la esclavitud -en esta institución estaba inmersa la vida del negro- en la ciudad de Cartagena, como tampoco en la Provincia y,

¹ Historiador, Universidad Industrial de Santander.

² NAVARRETE, María Cristina. *Historia Social del Negro en la Colonia. Cartagena siglo XVII*. Santiago de Cali, Universidad del Valle, 1995.

mucho menos, en el siglo XVII. La autora ignora las tesis expuestas por Meisel, Colmenares, Jaime Borja y Diana Luz Ceballos, por lo que sus sesudos planteamientos quedan sin sustento y cae en la imprecisión. Por ejemplo, el acertado estudio de Borja³ hubiera aportado una mejor interpretación del material de archivo y fuentes secundarias y a clarificar conceptos como el de la cultura, sociedad, mestizaje e identidad. Por ello la profesora Navarrete vuelve sobre temas ya estudiados logrando que sus «novedosas» afirmaciones naufraguen en un mar de incongruencias.

Cada vez que intenta precisar su idea o concepto de mestizaje y sociedad o describir las relaciones entre negros y blancos predomina la incoherencia: «mulatos, negros y otros mestizos formaron un conglomerado en el que se percibían cierta identidad y a través del cual circulaban ideas y se establecían relaciones de las que también eran propias las contradicciones» (p. 26, las cursivas son nuestras).

Al referirse al proceso de mestizaje y su consolidación en el siglo XVIII: «la sociedad cartagenera, tanto en la ciudad principal como en toda la provincia *mostró* desde la llegada de los españoles, una continua *dinámica* caracterizada por la preponderancia, decadencia y *sustitución de ciertos* grupos dominantes» (Ibid., cursivas nuestras).

Pero allí no paran las tautologías. La autora nos depara la siguiente lucubración acerca del mulataje que, por racista y banal, no deja de causar desasosiego: "se produjo, en este siglo, un intenso mestizaje favorecido por la flexibilidad en las relaciones sexuales que caracterizaba a las poblaciones negras de esta región» (p.28). No se esta lejos de los planteamientos de López de Mesa o Eduardo Lemaitre, cuando se afirma: «Como hipótesis puede proponerse que en el aumento de

este *tipo* de población influyeron las formas de comportamiento sexual que desarrollaron los grupos negros...» (p.89, cursiva nuestra). Sin comentarios.

Una tesis en la que han caído con frecuencia los estudiosos de las sociedades «afrocolombianas» - de la cual no escapa Navarrete- es la búsqueda de una supuesta reivindicación del negro a partir de la demostración de sus «aportes» a la economía colombiana. Así, se dice que el negro «contribuyó, «aportó», etc (pp. 29 a 41), no observando que estas palabras trivializan y ocultan el verdadero carácter y sentido de la esclavitud. El negro esclavo era una mercancía que podía ser utilizada en cualquier actividad económica, por tanto no se le brindaba la posibilidad de «aportar»; se le obligaba a trabajar - de no hacerlo el cepo y los azotes eran el mejor medio de persuasión- o «contribuir» al enriquecimiento de su dueño.

Afirmar que «Con frecuencia se ignora su aporte en los oficios artesanos» (p.36), no deja de ser falaz. La autora se empeña en sustentar ésta tesis y con ello tergiversa la situación real que vivía el negro esclavo en la ciudad de Cartagena, es decir, oculta su explotación y degradación.

La autora describe como algunos esclavos se convertían en «expertos artesanos» y «contribuían» al desarrollo de actividades como la carpintería -«un oficio de mucha acogida entre negros y mulatos fue la carpintería» (p.39)-, la zapatería, sastrería y la construcción. Aquí se muestra la sustancia que nutre su discurso. Creer que los esclavos podían escoger sus oficios y por ello gozaban de libertad para ser contratados por cualquier vecino, es ingenuo. Si bien todos los esclavos querían ser artesanos, sólo llegaban a serlo quienes mejor se desempeñaban en esas labores después de un duro aprendizaje -azotes- y luego de haber sido degradados en su humanidad, es decir, los más dóciles y aculturados. No existía la

³ BORJA, Jaime Humberto. «Relaciones interétnicas en Cartagena. Siglo XVI y XVII». En Memorias del VII Congreso de Historia de Colombia. Tomo I. Bucaramanga, 1993.

movilidad social que nos quiere vender Navarrete. En cuanto a la libertad de contratación encontramos las siguientes parrafadas: « El sacar piedra de las canteras se convirtió en una actividad lucrativa en la que trabajaban los propietarios conjuntamente con sus esclavos» (p.37), pero al darse una crisis fiscal en la ciudad «fue necesario despedir a doscientos negros canteros y albañiles que construían la muralla» (p.38). No se «despedían» los negros, más bien un comerciante de negros dejó de ganarse un dinero a costa de la utilización temporal de sus esclavos mientras que estaba a la espera de venderlos a comerciantes del Nuevo Reino. De allí que no sea exagerada la tesis de Colmenares cuando afirmaba que la hacienda esclavista cartagenera era subsidiaria de la trata. Para algunos comerciantes era más rentable utilizar y vender los servicios de sus esclavos -como carpinteros, sastres, albañiles o prostitutas-, permitiendo incluso que, después de años de trabajo, estos compraran su libertad.

Menos afortunada es su intención por responder preguntas alrededor de la trata, la procedencia de los esclavos, los comerciantes y el fenómeno de la esclavitud. Después de divagar sobre la historia de las culturas africanas y apoyarse en bibliografía de segunda mano sobre la trata (Sandoval, Curtin, Saco y Roux) se nos brinda las siguientes especulaciones: «Los guineos era los que más trabajaban, de agudo ingenio, hermosos, y bien dispuestos y alegres de corazón. Aún en los trabajos más duros se regocijaban cantando, tañeando, generalmente con gran algarabía e instrumentos muy sonoros» y «Los arará especialmente eran muy estimados por ser fuertes, valientes y resistentes al trabajo...» Además idealiza las sociedades y ciudades africanas: «Benin tenía dos leguas de circunferencia, estaba rodeada de tapias» y «el palacio estaba rodeado por las casas de los principales, tenía corredores y portales decorados con madera y placa de latón...», también «los artesanos de ese reino sobresalieron...» (p.56).

Con lo anterior la autora buscaba probar la existencia de una conexión entre el desarrollo del arte escultural en algunas sociedades africanas y los artesanos negros de la ciudad de Cartagena, cuestión que obviamente no logra sustentar y le impide percibir que *la llave de las Indias*, por su carácter portuario, albergaba un número importante de comerciantes, marineros, militares y eclesiásticos que exigían servicios que por considerarse oficios bajos eran realizados por los esclavos.

Dada la estrechez conceptual que se maneja en el texto se termina idealizando a las sociedades africanas y demonizando a la ciudad de Cartagena, considerada como «una metrópolis en donde el intercambio de ideas y de dinero se mezclaba con el juego y la prostitución» (p.77). También se pretende justificar la represión cultural a la que fueron sometidos los esclavos: "las limitaciones a la libre congregación de negros y mulatos se justificaba por la necesidad de impedir la vagancia y el crimen» (p.93). Se duele Navarrete de las fugas de los esclavos de tan ejemplar trato dado por los españoles: «...solían reunirse para coser señoras y esclavas en un lugar *apropiado* de sus casas en Cartagena»(p.38). «Sin embargo estas idílicas escenas *no fueron* óbice para que dos de las esclavas escaparan» (p.38. cursivas nuestras).

Dice Jaime Borja, en su texto sobre las relaciones interétnicas entre negros y españoles en Cartagena durante el siglo XVII, que el choque de dos cosmovisiones (españoles y negros) obligó a cada sector a crear una nueva realidad bajo la relación dominante-dominado, en la cual el negro fue estigmatizado por el blanco: «El dominante creó la nueva realidad, tomando como base los elementos de barbarización de los negros», dentro de estos elementos está el de caracterizar el manejo de la sexualidad por parte de los negros «de acuerdo a las pautas de conducta de la moral cristiana»⁴. Aclara Moreno Friginals «La esclavitud distorsionó la vida sexual del esclavo, y los racistas justificaron esas distorsiones

⁴ BORJA, Jaime. Op. Cit. pp. 81 y 84.

inventando el mito de la sexualidad sádica del negro, la inmoralidad de la negra y la lujuria de la mulata»⁵

En el medio académico colombiano se ha vuelto costumbre la publicación y difusión de obras históricas que no reúnen, medianamente, los elementos que caracterizan a la moderna historiografía: Crítica de la fuente y la tradición, manejo de la bibliografía sobre el tema y conocimiento previo de conceptos con los

que se debe abordar cualquier investigación histórica.

En conclusión, el aporte de este texto no va más allá de sustentar prejuicios morales y racistas que bajo un discurso «social» oculta una visión anacrónica y conservadora de la historia⁶. Con esta misma mirada las élites del país, con la ayuda de esa camada de «intelectuales arribistas», han construido un discurso que les alimenta sus prejuicios y las sustenta en el poder.

⁵ FRAGINALS MORENO, Manuel. *Africa en América Latina*. México, 1977. p.22.

⁶ Colmenares enjuiciaba las que para él eran las dos actitudes que impedían el desarrollo de la historia social del país «una, tradicionalista, incapaz de distanciarse de la imaginaria complaciente y vacua que escamotea toda evidencia sobre conflictos sociales profundos. Otra, que quiere forzar esquemas rudimentarios en procesos más complicados de lo que pueden percibir una ortodoxia militante». El texto reseñado se debate entre estas dos actitudes. Véase COLMENARES, Germán. «La economía y la sociedad colonial, 1550-1800». En: *Nueva Historia de Colombia*. Tomo I. Bogotá, Planeta, 1989, p.145.